

*Treinta minutos de libertad*, de JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO

Es amplia la obra poética de José Antonio Zambrano –*Canciones y recuerdos* (1980), *Sonetos* (1982), *El libro de las murmuraciones* (1984), *El rostro conocido* (1987), *La noche de los lirios* (1989), *Coplas de la bella Edinda* (1989), *Diario de los sitios* (1994), *La mitad del sueño* (1999), *Como una presunción* (1999), *Después de la noche* (2000), *Las orillas del agua* (2003), *Treinta minutos de libertad* (2006), *Poesía* (1980-2000), (2000) y algunos libros más–, regularmente publicada, con intervalos temporales en su aparición que bien hablan de una producción lírica trabajada con sistematicidad, cerrada en cada unidad textual y firmando un *continuum* que permite al lector reconocer la novedad de cada volumen frente a los anteriores de los que a su vez se retroalimenta y toma impulso.

Amplia es también la bibliografía generada en torno a su obra en la que no faltan aportaciones de la crítica académica más solvente, con el Dr. Ricardo Senabre a la cabeza. Revisando las aportaciones de esta crítica, sus autores coinciden en juzgar la obra de Zambrano como una producción singular y muy personal, sintetizadora de las dos tendencias poéticas que un tiempo se presentaron como antagónicas –posesía de *la experiencia* y poesía del *conocimiento*– pero que en el autor que nos ocupa se dan la mano en perfecta simbiosis, resultado, quizá, del sustrato lector que alimenta toda su producción, sustrato que cuenta entre sus mentores con los nombres de Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Blas de Otero, Cernuda, Claudio Rodríguez y José Ángel Valente, entre los españoles, junto a René Char, W. Yeats, Djuna Barnes, Paul Celan, Coetzee entre los extranjeros, nombres todos seleccionados por el autor en las citas paratextuales de sus libros de poesía; ellos nos hablan de sus gustos, de las líneas poéticas sobre las que discurre su quehacer lírico: precisión léxica necesaria para la correcta y exacta transmisión de sus

emociones, que no son otra cosa que el resultado de la contemplación extasiada del entorno con que no obstante no llega a perder un punto de contacto con él, con la realidad que día a día le surte de emociones –“porque hasta las más pequeñas cosas / tienen un brillo especial de solicitud. Nunca se puede negar la realidad” (p. 57)–. Su actitud intrasubjetiva (C. Bousoño) le permite captar el detalle inesperado, inexistente a los ojos comunes, pero resplandeciente al ser tocado por la vara mágica del poeta, lo que se traduce en la consecución de una estrategia poética muy personal que, al igual que sucede en uno de sus poetas-guía, Claudio Rodríguez, sitúa al lector ante una situación psíquica tensional entre objetividad y subjetividad.

Carmen Fernández-Daza atribuye esta cualidad a la condición unitaria, acrónica, de los libros de J. A. Zambrano, lo que viene a significar que cada poema entra en estrecha relación con todos los demás, que está pensado desde una visión unitaria previa que se manifiesta en microunidades poemáticas introducidas siempre en *Treinta minutos de libertad* por un título que nunca es inocente. José Luis Bernal alude en el prólogo que abre el libro a la intencionalidad de los poemas que encabezan la primera y segunda parte –“Primera página” y “Segunda invocación”– y al que cierra el libro –“Una rara victoria”–: entre ellos sitúa la concepción temporal que los clásicos apresaban con la frase *tempus fugit* –“Sé que la vida es un destello que luce / y que se apaga en las esferas (p. 39)”– y la explicación de las armas que el autor piensa utilizar para apresarlo, con la pretensión utópica de inmortalizarlo, es decir, las palabras:

Escribo desde una realidad que traspasa el olvido,  
desde el noveno día del mes de las eras  
cuando no es casual el oro de las espigas  
y las palabras mudas  
son el único alimento de mi lengua (p. 26).

El mundo exterior, telón de fondo sobre el que se proyecta el mundo interior del poeta, es el que proporciona la carga de objetividad, se centra claramente en la naturaleza o en un paisaje a-tópico y u-crónico: barrios lejanos, el aire que se respira, los pájaros fugitivos, las plantas llovidas, la luz del atardecer, la niebla de los campos... Sobre él se vuelca la subjetividad del autor, fuertemente impregnada de temporalidad metafísica que, si bien ofrece algunos ribetes desolados de nihilismo, no es sin embargo en este libro el aspecto favorito del autor que adopta sobre todo en la tercera parte, un tono más admonitorio y metarreflexivo, como en el Prólogo al libro advierte José Luis Bernal: el transcurrir temporal se convierte en un devenir que nutre el pensamiento creativo:

Nada es extraño hoy.  
 Mi vida está pidiendo una razón  
 que calque en los espejos la tierra proferida  
 de mis antepasados  
 (p. 23).

No es otro el sentido que creemos advertir en la cita de María Zambrano que introduce la primera parte de su último libro *Treinta minutos de libertad*: “Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber”: se nos está hablando del viaje como rito iniciático que adquiere sentido pleno en el retorno y que entre el punto de partida y el de llegada alberga un proceso de conocimiento abierto siempre a la reflexión, a la meditación que implica la búsqueda del nombre exacto, la palabra exacta que Juan Ramón Jiménez reclamaba a la Inteligencia –“Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas...”–, la misma sintonía que transmiten los versos de José Ángel Valente a cuya autoridad se acoge José Antonio Zambrano en *Las orillas del agua*:

Tejila oscura guirnalda de las letras:  
 hice una puerta para poder cerrar o abrir  
 como una pupila o párpado los mundos.

Es el mismo ojo evocador de otros versos de Aleixandre que en *Sombra del Paraíso* sorprende a la serpiente cuando mira y “ve que el mundo está bien hecho”.

Hay mucho de metapoesía en la obra de José Antonio Zambrano. Desde sus primeros libros el poeta siente la necesidad de explicar cuál es su concepto de poesía, cómo va cercando al concepto que en ocasiones se le resiste, cómo se exalta en aquellos momentos en que cree haberlo apresado. En palabras de Carmen Fernández-Daza “en cómo la poesía se hace objeto de sí misma, superando incluso la propia razón del autor en su afán por escribir en el límite [...] rastreando la verdad poética”.

Escribo desde una realidad que traspasa el olvido (p. 26).

Sin embargo, como todo verdadero creador, se autoimpone un lema que el autor bien podría hacer suyo: *Plus Ultra*, siempre más allá, siempre buscando, indagando nuevos retos por los que luchar y nuevos recursos retóricos por los que avanzar y encauzar su verdad:

Hablando del olvido  
 queda a veces el trato del recuerdo.  
 [...]



También os hablo  
 de mis ojos que alaban la vida  
 simplemente desde su existir.  
 De lo que oculta cada cosa que miro  
 y me hace ser yo mismo  
 con una mirada nueva (p. 24).

Porque siempre es posible la perfección y el hallazgo de la pura  
 esencia poética:

Seguiré el curso de los que no tienen presente y  
 hacen del futuro  
 el espacio irremediable de la dicha.  
 [...]

Tal vez,

para quedarme luego solo  
 entre la multitud de los que me pueblan (p. 25).

*Treinta minutos de libertad* es un poemario presidido por la primera  
 persona autorial: “Os hablo de este sitio con el impudor de los magos” (p.  
 24); la intimidad del poeta se vacía en argumentos expositivos que nos  
 hablan de temporalidad, sueños, olvido... de lo cual lo más importante es  
 el “valor emocional” que con frecuencia provoca en el lector, lo que  
 Carlos Bousoño denomina “emoción sin inteligibilidad” inmediata. Ello se  
 debe a la utilización de un código simbólico de fuerte carga emotiva que  
 se aúna con el código representacional de los que se reviste este conjunto  
 poemático, carga simbólica que bajo una aparente significación inmediata  
 esconde una segunda lectura en la que predomina un grado de irracio-  
 nabilidad variable en cada poema, pero que, en todo caso, desemboca en  
 una emoción estética ante la que el lector concede su aquiescencia, su  
 asentimiento.

Para culminar con éxito el proceso de comunicación, José Antonio  
 Zambrano se sirve de una métrica variada, donde el verso libre sabiamente  
 manejado permite un movimiento rítmico que incrementa la tensión lectora a la vez que hace el poema más fluido. El versolibrismo  
 campea por todo el poemario: la disposición tipográfica del verso sobre  
 la página es el guía invisible que induce al lector a adoptar determinada  
 lectura, a acelerar o demorar el ritmo, a hacerlo saltar de la musitada argu-  
 mentación a las afirmaciones rotundas –“Sé que la vida es un destello que  
 luce / y que se apaga en las esperas” (p. 39)–. Los espacios en blanco  
 entre verso y verso separan microunidades léxico-poéticas que modulan  
 el *tempo* de lectura. La ausencia de rima ahila la musicalidad y la pone al

servicio de la emoción y el símbolo. Algún poema “asilvado” se convierte en cauce preciso para el tono reflexivo y meditativo, frecuentemente ético, de estos poemas.

Los recursos retóricos son igualmente abundantes y múltiples, al servicio tanto del *decir* del poema cuanto de *lo que se dice*, y así proliferan los apóstrofes líricos— “Oh tiempo que al pasar / rozas el cansino aleteo de las hojas en un adiós de cenizas!”—, interrogaciones retóricas —“¿Qué puedo hacer / si el antes y el ahora / no han cambiado mi corazón?”—, las enumeraciones, anáforas —“Os hablo.../ os hablo.../ os hablo...”—, construcciones metafóricas —“la niebla curva del tiempo”, “el pliegue lacio del gozo”—, las construcciones parelelísticas, las comparaciones identificativas y tantos otros:

He pasado de hablar de la promesa que os hice  
en los inviernos  
a las escuchas de los pájaros fugitivos,  
de la nostalgia de las luces sin arrullo  
al polvo de lo que estaba muerto en mí(p. 55).

[...]

Duermen los pasos de mis hijos  
entre el gotear de la lluvia,  
igual que duermen los árboles  
que no ven los arcos de mi frente (p. 39).

En cuanto al tema del poemario José Luis Bernal lo identifica con la historia poética que el propio autor hace a manera de recapitulación: treinta años de ejercicio bien merecen un examen de conciencia de libertad, para lo que el poeta ha robado a la muerte y al olvido treinta minutos de su tiempo en un presente histórico que le va a permitir auto-analizarse:

Parado en una sola vida  
mi historia es el presente generoso  
de un minuto (p. 60).

Es en esos treinta minutos afloran dudas no tanto existenciales —“Me gustaría ser coronado rey de los que nombran / la palabra verdadera de un verso” (p. 27)— como de identidad: *el otro* que le acecha, le cerca y le suplanta hasta hacerse uno con él:

Este hombre es mi sombra,  
viene y va oscureciendo mi herida,  
mis huellas  
mi retorno a lo andado.  
[...]

Este hombre va conmigo  
a todas partes.  
Me pisa los talones  
y se convierte mudo  
en la queja redonda de uno de mis ojos (p. 61).

No ha triunfado la muerte: el poeta se asombra de la “rara victoria” que le han concedido esos “treinta minutos de libertad”, libertad que todavía él va a seguir reclamando y utilizando para poder continuar el viaje iniciado treinta años atrás, porque para ello cuenta con la firme convicción que le permite creer que:

Todo vuelve al principio  
de ese extraño que llama  
a un mismo corazón (p. 60).

El poeta, cual nuevo Ave Fénix, volverá a surgir de sus cenizas.